

Uno de los elementos más valiosos en ese sentido es la inspección médicoescolar por descubrir casos, no sólo de sordera incipiente sino de adenoides y estados catarrales, que, tomados a tiempo, impedirán la sordera permanente más tarde. Los padres pueden también hacer mucho; primero, resguardando a sus hijos en todo lo posible contra las enfermedades infecto-contagiosas; segundo, de sobrevenir éstas, siguiendo los consejos del médico para limitar sus estragos; y tercero, consultando a un otólogo, de sospechar que el pequeño "tiene algo en los oídos," pues un mal, atendido a tiempo, no tiene tanta ocasión de hacer daño.

Temible como lo es la sordera, será mucho menos frecuente cuando todos los elementos sociales la combatan con las armas ya disponibles.

UNA LECCIÓN PRÁCTICA Y COSTOSA EN HIGIENE

Por el BOLETÍN,² nuestros lectores se enteraron de la epidemia de tifoidea, que agobiara a Olean, poblacioncita del Estado de Nueva York. Un abasto de agua contaminada motivó 230 casos de fiebre entérica, con 22 muertes en una población de 27,000 habitantes, o sea la peor epidemia de su género observada en años recientes en dicho Estado.

La epidemia había sido precedida de una serie de brotes de gastroenteritis, y lo vergonzoso y lamentable de la situación es que el Departamento de Sanidad del Estado había llamado repetidamente la atención sobre las deficiencias del abasto de agua, y los análisis habían denotado la existencia del colibacilo en la misma; es decir que se trataba de un peligro previsto y remediable, cuya culpa correspondía clara y netamente a la municipalidad.

Veamos ahora el desenlace. Pasada la epidemia, la ciudad se ha visto obligada a aceptar responsabilidad absoluta por los gastos de hospital, médicos y enfermería, sufridos por los vecinos, y el gobernador del Estado ya ha firmado una ley, autorizando la emisión de bonos por valor de \$350,000, que se dedicarán a resarcir esos gastos, y que serán retirados por la ciudad, utilizando para ello las contribuciones cobradas durante los próximos 20 años.

La lección está ahí clara. La población de Olean pudo, comparativamente a poco costo, poner su agua en condiciones higiénicas. No lo hizo, y a consecuencia de ello, no sólo tendrá que hacer ahora el mismo gasto, sino consagrar \$350,000 más a indemnizar en parte a las víctimas. En parte, nada más, porque las vidas perdidas y las lágrimas vertidas no hay dinero que pueda pagarlas.

² Véase el número de febrero, 1929, p. 137.